

faltar á su consecuencia política dejó el poder cuando la soberanía nacional le exigía aquel sacrificio: la aplicación de la pena de muerte por él abolida. La desgracia de aquella situación fué el antagonismo de personas y aun de tendencias. Tratóse, pues, en una reunión de diputados, de las disidencias que se suponían entre el presidente de la Cámara y el del Consejo de ministros; este mostró á la comisión que se le acercó, las particulares quejas que abrigaba de Salmeron y este las políticas que declaró en su discurso en la Asamblea. Aunque los motivos que separaban á ambos personajes, hacían esperar una completa y fácil inteligencia, promovióse entre los individuos de la mayoría de las Cortes una animada discusión, que reveló se iba ahondando el terreno para acumular dificultades. Se aprobó la fórmula sobre el voto de gracias al mensaje, limitando el voto al presidente del Consejo, y esto satisfizo grandemente á los amigos de Castelar.

Comenzada la sesión de las Constituyentes, reseñó el gobierno el estado del país, manifestando con varonil entereza que la guerra civil se había agravado de una manera terrible; que las provincias Vascongadas y Navarra se hallaban poseídas casi por los carlistas; el Maestrazgo de facciones henchido, y los campos de Aragón y Cataluña talados é incendiados; que por todas partes se veían brotar partidas, mezcla informe de bandoleros y de facciosos, que las consecuencias de los errores de todos se habían tocado á su debido tiempo, y proponía una conducta de conciliación y de paz para conservar la república en España. No la proposición que se había aprobado por la mayoría, sino otra, comenzó á discutirse, considerándose esto como la ruptura definitiva. Al reanudarse la sesión á las once de la noche, continuó templada la lucha y parecía conjurada la crisis, cuando el señor Canalejas pronunció una terrible invectiva contra Salmeron, quien explicó su disenterimiento con Castelar, en que éste no hacía política conservadora dentro de los principios republicanos, como era absolutamente necesaria, sin que la organización de los poderes y la legalidad por la república creada dejaran de ser tales y tan flexibles, que todos los partidos políticos de España, aun los más hostiles á esta forma de gobierno, tuviesen su legítima representación y valieran del organismo republicano para servir á sus peculiares aspiraciones; que así dejaría de ser la obra de un partido para convertirse en obra nacional: quería que el ejército fuese de la nación, estando á las órdenes de los generales, no á su servicio, para improvisar á la sombra de aquellos grandes carreras; demostró su consecuencia política; expuso su programa, y concluyó manifestando que todavía estaba dispuesto á apoyar al presidente del poder ejecutivo si se decidiera á hacer una política que no contradijera los principios y convicciones profesados por el señor Salmeron toda su vida.

Defendióse el señor Castelar probando su republicanism; que quiso la alianza con los progresistas, y se castigara enérgicamente á la demagogia; que mas que los republicanos trajeron la república los radicales; que al romper con ellos el 24 de febrero, se arrastró la república al abismo, en cuyo fondo se estaba; trazó á grandes rasgos la historia de sucesos recientes; se declaró partidario de la república posible, de que se fundara el partido republicano conservador, atrayendo á los que antes no eran republicanos; dijo que la federal había que aplazarla por 10 años; que el proyecto de la Constitución le quemaron los federales en Cartagena; que el partido republicano tenía que transformarse en dos grandes partidos, progresivo el uno y conservador el otro, y concluyó pidiendo le sustituyeran pronto, porque le apenaba el poder y le halagaba el retiro, donde tendría la seguridad de haber dado la paz y el orden posible.

La conciliación era ya imposible. A las cinco de la mañana se procedió á la votación, y derrotado el ministerio, presentó la dimisión, que fué admitida. Castelar pidió que sin levantarse la sesión se le sustituyera. No pudiendo ni prestándose á ello Salmeron, se decidió la mayoría por don Eduardo Palanca: Pí ofreció apoyar sin condiciones cualquier ministerio que de la derecha se formase; la izquierda se mostró dispuesta á una tregua absoluta de tres meses al ministerio que se constituyese: el peligro de la situación inspiró prudencia aun á los

mas exagerados; las personas que se designaban para completar el gobierno eran recomendables; los más pertenecían á la derecha de la Asamblea: algunos habían sido ya ministros, y los que militaban en el partido radical llevarían, como se deseaba, la cooperación de sus correligionarios para facilitarles el acceso á la Cámara, á lo que hacía tiempo se aspiraba, y de aquí el interés que había habido antes para que se declararan los cuarenta y pico de distritos vacantes, para que otros tantos radicales pudieran acudir á contrabalancear las opuestas tendencias de las fracciones de la Cámara.

Mientras esto se disponía, envió Pavía un ayudante á sacar las tropas, y á la carrera ocuparon los puntos que tenían designados. Al saberlo el ministro de la Guerra, mandó que se retiraran las tropas á los cuarteles inmediatamente, de cuya orden prescindió Pavía, que avanzaba por la plaza de las Cortes, á cuyo presidente envió la intimación de que en un término perentorio se desalojase el palacio. Verificábase en aquel momento el escrutinio de los votos para el nombramiento de presidente del poder ejecutivo, y como Castelar era aun gobierno, adoptó algunas medidas para proveer á la defensa de la Cámara, que debía seguir en sesión permanente. Se mandó extender el decreto destituyendo al general Pavía, se acordó por unanimidad un voto de confianza al gobierno presidido por Castelar, y pocos momentos despues, penetró en el salón fuerza armada, se oyeron tiros, el presidente rogó á todos ocupasen los escaños hasta que fueran arrojados de ellos por las tropas; pero se comprendió la inutilidad de toda resistencia, se produjo algun desorden y no quedó en el salón mas que la tropa. El acto no pudo ser mas breve, ni mas rebelde.

Llamó Pavía al Congreso á los representantes de los partidos y á los capitanes generales de ejército residentes en Madrid y les entregó el poder tal como le había recogido de la Asamblea. Las eminencias reunidas no lograron armonizar para formar un gobierno nacional, y con dificultad se constituyó un ministerio de constitucionales y radicales, bajo el nombre de Poder ejecutivo de la república. Los alfonsinos pretendieron se borrara esta palabra para tomar parte en el gobierno, y Castelar no quiso asistir al Congreso ni permitir que sus amigos le representasen en el gabinete.

Cuando vió Pavía el fracaso del gobierno nacional y las dificultades que á cada paso se presentaban para el ministerio de conciliación, hizo grandes esfuerzos para que este gabinete se constituyera, y se aprestó al segundo acto del golpe de Estado, haciéndolo saber á algunas personas. Era su pensamiento que las tropas volviesen á ocupar los puntos que ocuparon en la madrugada del 3 de enero, erigirse en dictador, formar un ministerio puramente militar, siéndolo también las autoridades, y proclamar la ordenanza como código. Todo menos un ministerio homogéneo.

Ya que vió defraudados sus deseos de un gobierno nacional, concibió la esperanza de que al darse por radicales y constitucionales la jefatura al duque de la Torre, se ejercería la enérgica y justificada dictadura que el país necesitaba y anhelaba.

El nuevo gobierno, bajo la presidencia del duque de la Torre, le compusieron los señores Zavala, Sagasta, Topete, García Ruiz y Balaguer, que se encargaron de las carteras de Guerra, Estado, Marina, Gobernación y Ultramar, y convencidos los radicales de la conveniencia y necesidad de que ayudarán á la gobernación del Estado, aceptó el señor Martos la cartera de Gracia y Justicia, el señor Echegaray la de Hacienda y el señor Mosquera la de Fomento.

Su primer acto fué suspender las garantías constitucionales y declarar vigente la ley de orden público de 23 de abril de 1870. Era una necesidad que evidenció la actitud de los federales en Valladolid y algun otro punto. Dió á poco un manifiesto á la nación explicando las causas que motivaron el hecho del 3 de enero, la conducta que al presente se proponía el gobierno y la que se prometía cuando el país estuviera pacificado, que era para cuando ofrecía convocar Cortes extraordinarias, disolviendo por decreto del mismo día 8 las Constituyentes.

La pasión, que es siempre mala consejera, lo fué de muchos en la notable noche que precedió al golpe de Estado del 3. En

la precipitación con que todo se sucedía, no había allí quien moderase impacencias, refrescase acaloramientos y contuviese imprudentes resoluciones. El vértigo se apoderó de todos, se obró al acaso, y se facilitó la ejecución de uno de esos actos que los inspira la desesperación y los justifica la salvación de la patria.

La guerra civil entraba á la sazón en un nuevo período. En frente del ejército del Norte, reunido entre Castro y Santoña, se presentaron los carlistas, formando en los primeros días de enero desde Zornoza á la vista de Somorrostro cerca de 20 batallones, estableciendo don Carlos su cuartel general en Valmaseda.

Las fuerzas carlistas eran superiores á las liberales, y aumentaban su poder las buenas posiciones que ocupaban y en las que empezaron á hacer parapetos. Contempláronse unos y otros combatientes; á mediados de enero marchó Moriones á Medina de Pomar, intentando sus enemigos molestar el flanco izquierdo del ejército liberal, y este siguió á Miranda de Ebro sin el menor contratiempo. Reconcentrado aquí el ejército se aseguró el camino de Miranda á Vitoria, interceptado hasta entonces por los carlistas, y se decidió la conquista de La Guardia, para donde marchó el 30 por la carretera de Avales y Samaniego: rompióse el fuego por la artillería establecida en Páganos, no muy eficaz por la distancia á que se hacía, se fueron adelantando las baterías hasta unos 200 metros, al siguiente día se consiguió abrir la brecha en el muro del frente de ataque, molestando también á la plaza los certeros fuegos de la artillería; por la noche avanzaron fuerzas de infantería hasta lo mas cerca posible, para tener al enemigo en constante alarma, é impedir con sus fuegos los trabajos de reparación en los desperfectos causados, comprendiéndolo así los carlistas que incendiaron el combustible que habían colocado en la brecha, temerosos de un asalto; preparado este para el 1.º de febrero, compuesta la columna asaltante de voluntarios de todos los batallones del ejército sitiador, en jefes, oficiales y soldados, en número de 500 hombres, entusiasmados todos por la operación, aunque mas que al asalto iban destinados al sacrificio, guiados por el brigadier Tello, y á la señal convenida, marcharon en dos columnas con un orden y valor sereno, propios del soldado español en los casos supremos, sin que les arredraran en lo más mínimo las bajas que les hacían, tanto mayores cuanto mas se iban aproximando á las brechas. Llegó la columna de la derecha á unos 150 metros de los muros, y la de la izquierda á menos distancia, observando entonces sus jefes que las brechas no estaban aun practicables. Interesaba, sin embargo, conquistar pronto la plaza, porque se reunían cerca fuerzas carlistas, si bien estas no se creyeron potentes para obligar á levantar el sitio: se insistió en efectuar el asalto lo mas pronto posible, y ya de noche, despues de dos horas de suspendido el fuego, pidieron de la plaza capitulación. Convenida, tomaron posesión de ella y del castillo las tropas liberales, quedando en libertad los carlistas despues de entregar las armas. A la vez que calificaron unos de excesiva benignidad el permitir á los defensores de La Guardia restituirse á sus casas, tratándose de un enemigo que había cometido punibles excesos, otros opinaron que debía tenerse en cuenta que la plaza, medianamente defendida, hubiera costado bajas de mucha consideración. Las fuerzas sitiadoras tenían por su flanco izquierdo las alavesas, y por el derecho y frente las navarras; así que, cuando se rindió La Guardia acudía Mendiri en su socorro.

Los carlistas tuvieron unas 60 bajas entre muertos y heridos, incluso algunos jefes, y los liberales más de 100.

La pérdida de aquella plaza afectó á los defensores de don Carlos y produjo capítulos de culpas, que no todos merecían.

Desde julio anterior sufría la villa de Portugalete molesto asedio de los carlistas, redoblando cada día su empeño de apoderarse de tan importante punto, cuya defensa estaba á cargo del teniente coronel don Amós Quijada, que mandaba 700 hombres de cazadores de Segorbe y una compañía de ingenieros de unas 80 plazas. Aunque fortificada la villa para fusilería, la dominaban las alturas de San Roque y Campanzar, que debieron haberse fortificado en agosto anterior; al fin, el 30 de diciembre se empezó á colocar un blokaus, pusieron

los carlistas la 5.ª batería en el alto de Campanzar, y algunas baterías á 300 metros de distancia.

Para abreviar la conquista de Portugalete se encargó Dorregaray de la dirección del sitio, escribió á Quijada que no esperase auxilio de Moriones ni de Bilbao, que era inútil la resistencia y la efusión de sangre, y pública la conducta que Dorregaray había observado con los fuertes que se le habían entregado sin resistencia, á el tratamiento recibido por sus guarniciones, y le entregara la plaza con el armamento y pertrechos de guerra, quedando en libertad la guarnición, y él dispuesto á escuchar las proposiciones que se le hicieran. Al contestársele la invariable resolución de defender la plaza hasta el último extremo, rompieron el fuego todas las baterías, arreció el ataque, construyéronse nuevas baterías y parapetos que causaron grandes desperfectos en las obras de defensa, que se reparaban en lo posible por la noche; la goleta *Buenaventura* y el vapor *Gaditano* que contribuían á defender Portugalete, tuvieron que cortar las amarras y hacerse á la mar, contemplando ambos buques cómo ardía la manzana de magníficos edificios del muelle nuevo, incendiados con petróleo por los carlistas, privando la marcha de los dos vapores á los defensores de Portugalete del gran concurso que los cañones de aquellos buques les proporcionaban, defendiendo el frente débil de las fortificaciones de la parte de la ría en una extensión de mas de 300 metros.

Los vapores de guerra que se presentaron despues en el abra, prestaron buenos servicios, pero fué corta su permanencia en ella, aumentó su marcha la angustiosa situación de los sitiados, que á los desperfectos que tenían en sus obras de defensa, se unió la explosión de una mina que, partiendo de la capilla nueva construida en el muelle, cogía toda la manzana de casas, de que se posesionaron los carlistas, trabándose una lucha cuerpo á cuerpo con la avanzada liberal.

Dueños los sitiadores de aquel gran edificio, dominaban con sus fuegos toda una cortina de trincheras, por lo que resolvió Quijada incendiar aquella manzana de sólidas casas. Despues de disparar sobre ellas algunos cañonazos, tres oficiales, seguidos de un cabo y dos soldados, las incendiaron. Sobre las ruinas construyeron los carlistas nuevas baterías, cuyos fuegos causaron grandes destrozos.

Aproximándose cada vez mas los sitiadores, se estrechaban las distancias, se multiplicaban las pérdidas, disminuían los medios de resistencia, la población se iba convirtiendo en ruinas, y el jefe militar reunió en junta á varios jefes y oficiales, expúsoles el estado de la plaza, pidióles consejo, y fué unánime la opinión de que la villa no podía resistir mas á la poderosa artillería enemiga, no habiendo medios ni local donde curar los heridos, y que en breve se carecería hasta de aguas potables. Aun se esperó á la marea de la tarde por si se presentaban algunos buques de guerra que ayudasen á los defensores de la villa, y viendo ya á las cuatro que era imposible continuar la defensa, se enarboló bandera de parlamento, se suspendieron las hostilidades, presentóse Dorregaray á conferenciar con Quijada, al que concedió cuanto deseaba, excepto no ser considerados como prisioneros de guerra, no se conformó el jefe liberal con tal condicion sin consultar antes á sus subordinados, los que convinieron en aceptar la ley del vencedor, por ser imposible continuar la resistencia, y resuelta la capitulación, dijo el jefe á sus soldados en la orden del día 22, que su comportamiento no había obtenido por premio el triunfo que merecían, que se habían agotado todos los recursos en defensa del gobierno, haciendo diez días que envió á decir al general en jefe lo desesperado de su situación, porque él no podía socorrerlos, y estando casi por tierra los puntos fortificados, «la fonda sin fuegos superiores, el convento derribado, la iglesia atravesada por los proyectiles huecos y amenazando ruina, la avanzada del Cristo, depósito de las aguas que bebemos, próxima á ser abandonada, dos minas á punto de volarnos, municiones para un día de fuego y completamente cortados del resto de España. Vamos á entregar la plaza, quedando nosotros en depósito hasta que el gobierno dé la orden para que sean entregados los prisioneros carlistas que tiene en su poder. La mayor cordura y prudencia en las presentes circunstancias añadirá un timbre mas á las honrosí-

simas condiciones con que capitulamos, y hará que siempre se diga de nosotros: fueron 800 bravos, que sucumbieron á 4,000 proyectiles de artillería.»

Salió toda la guarnición con sus armas, banderas y equipajes, y al desfilar por delante de un batallón carlista, este presentó las armas y batió la marcha real. Entregada la bandera, armas y efectos, quedaron prisioneros de guerra 481 hombres. Los carlistas adquirieron dos cañones de montaña, 748 fusiles, municiones y abundantes efectos.

Nueve días antes que la capitulación de Portugalete, el 13, se efectuó la del destacamento de Luchana, compuesto de 4 oficiales y 117 individuos de tropa, que escoltados hasta Castro-Urdiales quedaron en libertad. La guarnición del Desierto, compuesta de 4 compañías, reducida al último extremo, capituló en la tarde del 23 con las mismas condiciones que la de Portugalete, quedando en poder de los carlistas dos cañones y 282 fusiles. El destacamento de Olaveaga se replegó á Deusto y á poco á Bilbao, cuyo cerco se estrechaba cada día, aumentándose los medios de sitio con cañones y obuses que se fundían.

Encargado de la defensa de aquella villa el comandante general de Vizcaya, don Ignacio María del Castillo, al tomar posesión de su puesto encontró á los carlistas establecidos en Begoña y Deusto, de donde los desalojó; dió impulso á las obras de fortificación, procuró aminorar los efectos del bloqueo, y pidió inútilmente al gobierno refuerzos, municiones y víveres.

Los carlistas cerraron herméticamente la comunicación del campo con la plaza, é interrumpieron por completo la navegación fluvial que tanto importaba al comercio; salieron algunas fuerzas á volar con dinamita los cables atravesados en la ría, mas no consiguieron su objeto, y esto, á la vez que daba al enemigo fuerza moral, apenó al vecindario bilbaíno que vió defraudadas sus esperanzas. Como no podían persuadirse que se abandonase la idea de intentar romper la barrera que les incomunicaba con el mundo, y que destruía todo su comercio y navegación, aun confiaron en la marina de guerra, mas esta no pareció mas por aquellas aguas. Reforzaron los carlistas los obstáculos que obstruían la navegación por la ría, se atrincheraron mas fuertemente en las posiciones que ocupaban y Bilbao quedó incomunicado por agua y tierra. Era preciso prepararse á hacer frente al sitio, y á ello se dirigieron los esfuerzos de todos, que aceptaron con entusiasmo el noble y heroico sacrificio que la patria reclamaba.

La situación de Bilbao exigía pronto socorro, y á llevarle fué Moriones enviando por delante á Primo de Rivera desde Miranda de Ebro.

Apercibidos los carlistas del movimiento estratégico del enemigo, corrieron de Navarra á Vizcaya. Mendiri que se hallaba en tierra de Estella, llegó el 11 de febrero á Maestu, pernoctó el 13 en Villaro, á las tres de la tarde del 15 estaba en el puerto de las Muñecas, ocupó á Somorrostro, y fué grande su sorpresa al saber que Andéchaga, abandonando las posiciones que hasta entonces habia sostenido, por el incalificable descuido de haberse dejado tomar aquella noche el cerro de Salta-Caballo, llave de las posiciones carlistas, marchaba con su gente en retirada hácia Bilbao, despues de la pelea que hubo en la mañana y tarde de aquel día. Tomado por los liberales aquel punto, no se comprende el que no hubieran continuado á Portugalete y salvado á Bilbao. Quiso efectuar este avance la vanguardia, y consultó; mas la contestación fué negativa.

Trazó Mendiri la línea de defensa que se hizo tan memorable, principiándose en el acto la construcción de los parapetos que despues de los combates de marzo se convirtieron en trincheras, y el ejército liberal se apoderó de las alturas que desde Onton corren á la derecha hasta los montes de Triano; y teniendo así apoyada la izquierda en el mar, que era parte de la base de las operaciones, porque es por donde habia de racionarse, podia alargar su derecha hasta donde la conveniencia lo exigiese. Se ocuparon el 16 todas las posiciones que hay hasta Somorrostro, costando, si no numerosas, sensibles bajas, en uno y otro campo, y como tuvieran ya reunidos los carlistas unos 28 batallones, se prepararon á defender las alturas

de Abanto, de Yuso y de Santa Juliana, formando un semicírculo contra Somorrostro.

Moriones habia llegado á Bóo, y emprendido la marcha para Colindres y Laredo, donde ya estaban el 13 sus avanzadas. Las que ya tenian por allí los carlistas, léjos de oponer resistencia, se entregaron algunas. Siguió adelante el ejército liberal á Santoña y Castro, reinó temporal en el Océano, y basada la operación que proyectaba Moriones, en el concurso de la marina, y teniendo que proveer esta á lo mas necesario, no dejaba de ser un grave contratiempo la agitación del mar y el tiempo lluvioso.

Los carlistas seguían aumentando sus fuerzas y afirmándose mas y mas en la defensa de su línea.

Tiene la ría de Somorrostro á su derecha un pequeño valle tras el que se levantan formidables montes, que partiendo desde Galdames van por las minas de Ortuella á la carretera que conduce desde Bilbao á Santander para volver despues á extenderse hasta el mar. Estas posiciones, en cuyo centro se levanta sobre una pequeña altura el pueblecillo de San Pedro Abanto, fueron las escogidas para su defensa, y constituían una línea apoyada en el Montañón, Lucero y el mar por su derecha, y por su izquierda la cadena de montañas que desde Cotarro y monte de Triano conducen á Valmaseda. Defendía su espalda la interceptada ría de Bilbao y la de Somorrostro enfrente.

El punto culminante de aquella línea ó serie de posiciones era el monte Serantes, que se levanta desde el Montañón á la orilla del mar; dominaba todas las posiciones hasta Portugalete, que quedaba muy á la espalda de la línea carlista, ofreciendo por el frente que daba á la ría de Somorrostro, única parte por donde podia ser atacado, muy difícil subida. En cambio, por su proximidad al mar, estaba expuesto á los fuegos de la escuadra, que tomaba por blanco de sus cañones las cumbres donde suponía hubiese carlistas.

Estos, además de la defensa natural que el terreno ofrecía, fortificaron las posiciones con grandes y espesos parapetos de tierra y piedra, para amortiguar el terrible efecto de la artillería liberal, y mandóse, para no gastar municiones, que no se disparase hasta que el enemigo estuviera á corta distancia.

Moriones llegó á San Juan de Somorrostro el 19. Aquel pueblo fué su centro, la ría su frente, la mar su extrema izquierda y el monte de Corvera, que se levanta entre el rio Somorrostro y las Muñecas, su derecha.

Las posiciones de unos y otros combatientes eran formidables. Aunque envalentonados los carlistas, *no podíamos pensar*, dijeron, en atacarlas de frente ni por la izquierda, y solo por Corvera podían intentarlo. Hallaron, sin embargo, mas cómodo permanecer á la defensiva, protegiendo el bombardeo de Bilbao, que empezó el día 21. Careciendo los carlistas de artillería en su línea, pues solo tenian cuatro piezas de montaña, no podían tampoco atacar de frente sin exponerse á un gran desastre. Contempláronse ambos combatientes unos días, aprovechándolos unos y otros en construir parapetos y baterías, y decidido por Moriones el ataque y avance, tronó el cañon en la mañana del 24, el brigadier Blanco tomó el puente de Somorrostro, posesionándose de las casas de la derecha del rio, haciendo retroceder á los carlistas, y Tello efectuó un reconocimiento por la altura de la derecha, sin empeñar combate.

El ataque de este día dió á los carlistas la clave del que se preparaba para el siguiente; si bien algunos no creían se insistiera en el de frente, que no podia ofrecer duda de lo desventajoso que habia de ser para los liberales, pues aun cuando forzarán las fuertes y muy defendidas posiciones de San Pedro Abanto y Santa Juliana, pudiendo llegar á Necedal, hubiera quedado el ejército quebrantado.

En Moriones, produjo aquel combate nuevas dudas y pareceres; pero tenia hacia tiempo formada su resolución, insistió en ella, circuló aquella noche las advertencias que habian de tenerse presentes en el ataque que iba á emprenderse en la mañana siguiente, y ya entrado el día, empezó la artillería un violento fuego, mientras pasaba el ejército por el puente de Somorrostro y por el de barcas que, paralelo y sobre el mismo rio, habíase colocado provisionalmente frente á Musques, á donde llegó Andía.

Ya en la opuesta orilla del rio, encontré el ejército por la izquierda con las formidables posiciones naturales del Montañón, llave de los pequeños valles que á su falda se extienden; por el centro, con reductos perfectamente contruidos, y por la derecha con altísimas é inaccesibles montañas que se elevan al borde mismo de la carretera que conduce á Valmaseda. Apenas habia pasado una compañía el puente de barcas, un diluvio de balas anunció que el enemigo, oculto en los parapetos y por ellos favorecido, esperaba el ataque, para el cual con mucha antelación se habia prevenido de tal modo, que el terreno, de suyo quebradizo, estaba erizado de defensas formadas en anfiteatro. Treparon los arrojados liberales por las empinadas laderas del Montañón, mientras por el centro y la derecha sostenían el empuje de las huestes enemigas: creyeron estas al principio que seria atacada su izquierda como la tarde anterior; mas pronto vieron la preferencia dada á su derecha, pues aunque mas difícil de vencer, daba, una vez dominada, la posición mas importante, coronando las alturas de Lucero y Serantes. Grandes esfuerzos hicieron las tropas liberales para coronar el Montañón, favoreciendo á los carlistas la disposición del terreno; se enseñorearon aquellas de importantes puntos, que se cedían y se volvían á recuperar, pero no se podia cumplir el objeto del general en jefe, á pesar de los refuerzos que enviaba, y hubo que contener el ascenso y correrse á la derecha efectuando un movimiento envolvente. Empezado el avance, y al llegar á la altura de las primeras guerrillas, la retirada de la derecha se prolongó hasta la extrema izquierda, la cual, y el centro, con el brigadier Minguella, estaban á 50 metros de la cima de la montaña, sufriendo, no solamente el nutridísimo fuego del enemigo, sino hasta el choque de enormes piedras que arrojaba. En aquel momento colocó Andía en posición á los ingenieros mandados por San Gil, que apoyados por Lapuente contuvieron el movimiento de avance iniciado por los carlistas del reducto, y el general, con todo su E. M., oficiales á las órdenes y otros, se lanzaron á contener la retirada, y formando grupos, no solo de los cuerpos de su división, sino de otros que estaban por su extrema derecha, se rehicieron las tropas y volvieron á tomar sus antiguas posiciones. Trepaban impetuosos, sin que el horrible fuego que por el frente y flanco se les hacia les detuviera, é iban avanzando y venciendo las dificultades del terreno, y subiendo á la cumbre de Mantres sobre los cadáveres que dejaban. Aquel atacar era heroico, titánico, temerario; nadie retrocedía, y mutuamente se animaban para ascender. Ya en la cumbre, hacían fuego á tan corta distancia, que se confundían unos con otros combatientes. Un pequeño esfuerzo, á ser posible, por parte de los liberales, ó un momento de vacilación por la de los carlistas, y la cumbre era de aquellos; y una vez en Mantres, se barria á los carlistas, se les obligaba á levantar la línea y á retirarse precipitadamente. Insigne victoria estaba á punto de conseguir Moriones; pero envían refuerzos sus enemigos, se dan cargas á la bayoneta, y herido Minguella, y queriendo Andía dar otro avance, corrió á apoyar á Posada que se habia corrido á la derecha de su primera posición, uniéndose á él, y entonces recibió orden del general en jefe para que Constitución y Tetuan bajasen al castillo de San Martín, haciéndolo algunas compañías, no pudiendo bajar el resto, porque empeñado en un vivísimo fuego con el enemigo, situado en el bosque del Montañón menor, y retirándose, ponía en grave riesgo toda la izquierda, que debilitada por el repliegue de dichas fuerzas, se vió Andía imposibilitado de continuar el movimiento de avance, limitándose á sostener aquellas posiciones, hasta que recibió también la orden de replegarse. En algunos puntos, los soldados que casi se hallaban ya en la cima del Montañón, tuvieron que descender desde sus posiciones, cebándose en ellos los carlistas. Este momento es verdaderamente indescriptible por lo horroroso.

Primo de Rivera, Blanco y Tello, habian pasado el puente de Somorrostro, batiéndose hasta las Carreras, limitándose á conservar las posiciones conquistadas.

Entre tanto, el fuego de la trinchera de San Pedro era horrible; las descargas cerradas se sucedían con una rapidez vertiginosa, produciendo bastantes bajas. Llegó la noche, y con ella la evidencia del fracaso: las tropas ocupaban á San Martín

y unas casas próximas á San Pedro, pero no estaban en buena posición, y fué peor cuando el jefe carlista Alvarez, poniéndose á la cabeza de una compañía, cargó á la bayoneta hasta las Carreras. Poco despues, el coronel Daban solicitaba atacar con su batallón de cazadores á San Pedro Abanto, cuyos defensores estaban sin cartuchos; pero el brigadier Tello, comprendiendo la responsabilidad en que incurria, no concedió el permiso, aun contrariando su propio deseo. Se retiraron por completo los liberales de aquel punto, y hasta recuperaron sus enemigos la torre de San Martín.

Envalentonados los carlistas, á pecho descubierto, amenazaron los puestos liberales, produciéndose un instante de confusión, en el que ocurrieron grandes desgracias. Se rehicieron instantáneamente los soldados, volvieron á ocupar las posiciones anteriores, y el apuro para los carlistas fué grande, porque en fuego su reserva, no les quedaba gente disponible: aun hicieron un supremo esfuerzo; se peleó de nuevo, se rechazó á los liberales, y la llegada de la noche y el toque de retirada puso fin á tan sangrienta lucha.

En otro ataque que en el de frente al Montañón, hubiera obtenido otro resultado la bizarría con que pelearon los liberales, contribuyendo también el terreno á que la artillería no pudiese jugar debidamente. Como se cubria una extensa línea de operaciones, y no se contaba para el ataque sino con unos 11,000 hombres, no se pudieron dejar á retaguardia tropas bastantes para que, llegando oportunamente de refresco, hubieran dado nuevo carácter á la batalla, impidiéndolo el desorden con que se retiraron algunas fuerzas.

Manteniendo los carlistas en inacción las fuerzas que tenian destinadas para cortar la línea de comunicación de los liberales, cometieron una gran falta. Si hubieran interceptado esta línea, que además de ser de comunicación lo era de retirada, hubieran privado al ejército de su base de Castro, dejándole solo la del mar.

Leno de amargura el general Moriones dijo al gobierno que no habia podido forzar los reductos y trincheras de San Pedro Abanto, y su línea quedado quebrantada: «Vengan refuerzos y otro general á encargarse del mando. Se han inutilizado, haciendo fuego, seis piezas de 10 centímetros. Conservo las posiciones de Somorrostro y comunicación con Castro.»

Las bajas de ambos combatientes excedieron de 2,000. En poder de los carlistas quedaron algunos centenares de fusiles y muchas municiones.

A pesar de lo que los carlistas celebraron la jornada del 25, permanecieron en sus posiciones sin tomar la ofensiva, adelantándose solo á ocupar los puntos que se abandonaban; y esto, aun admitiendo su superioridad numérica, prueba la circunspección con que procedían, lo poco que se aventuraban, porque era propósito en ellos asegurar cada paso y cada golpe. Fueron los primeros que comprendieron la excelencia del nuevo armamento, la clase de guerra que se necesitaba hacer, la importancia de las montañas y alturas, la inmensa utilidad de sus parapetos, convertidos despues en trincheras.

La escuadra habia tomado también parte en el anterior hecho de armas, dirigiendo sus fuegos sobre Algorta, Portugalete y Santurce.

Al frente del ejército del Norte el duque de la Torre, puso á discusión el ataque á las trincheras de San Pedro Abanto; fué general la opinión de que era un ataque de frente, atendidas las obras que los carlistas habian hecho para atrincherar la posición; que era ya base de operaciones obligada la línea de Somorrostro, ú otra en la costa cantábrica; que con los 22,000 hombres de combate que habia, no podia desprenderse de aquel ejército un cuerpo que operase independientemente del establecido en la línea de Somorrostro, y siendo muy extenso y muy fortificado el campo atrincherado enemigo, seria sangriento el ataque de frente, no contando con mas fuerza para envolver su ala izquierda, por lo que quedó convenido que una división desembarcaria en Algorta y Plencia, caería sobre Bilbao, y atacaría por retaguardia las posiciones enemigas, en tanto que el ejército lo hacia de frente. En su consecuencia, se mandó ir desde San Sebastian al general Loma, libre ya del cuidado de Tolosa que se habia evacuado, ocupándola en seguida los carlistas, y se organizó una división de 8,000 hom-